

Gracián filósofo

Sebastián Neumeister

Berlín

La primera frase del *Oráculo manual* ha sido comentada muchas veces y es de gran importancia para entender el pensamiento de Gracián:

Todo está ya en su punto y el ser persona en el mayor. Más se requiere hoy para un sabio que antiguamente para siete, y más es menester para tratar con un solo hombre en estos tiempos, que por todo un pueblo en los pasados.

Gracián opone con mucha claridad el presente —«hoy, estos tiempos»— al pasado —«antiguamente (tiempos) pasados». El proceso histórico que ha conducido al estado presente de las cosas es el progreso: «estar en su punto» es para el Diccionario de autoridades un «modo adverbial que vale sin sobra ni falta». Sin embargo se puede dudar que ese progreso sea, más que un proceder temporal, un paso en adelante en el sentido moderno de la palabra. «Es lisonjera la novedad», leemos en el aforismo 283 del *Oráculo manual*, «y, si feliz, da dos reales a lo bueno. En los asuntos del juicio es peligrosa por lo paradojo; en los del ingenio, loable, y si acertadas una y otra, plausibles». En la crisis II, 12 del *Criticón* Gracián explica la diferencia entre juicio e ingenio:

Viéronse luego hazer de parte de ambas Filosofías todos los mayores sugetos, los ingeniosos a la banda de lo natural y los juiciosos de la Moral, señalándose entre todos Platón eternizando divinidades y Séneca sentencias.

En el primer aforismo del *Oráculo manual* Gracián habla del «ser persona», habla pues de la filosofía moral en dos sentidos: cómo se hace persona y cómo se debe tratar con los hombres. Ya el ensanchamiento del sintagma indica que domina el aspecto social: es persona el que sabe tratar con los hombres. Sabemos como Gracián analiza continuamente las técnicas del tratar con los hombres, que ve en el conocer y en el comprender con los otros el problema central, que tiene que resolver el discreto cortesano. Suministran descripciones muy conocidas de este tema el aforismo 13 del *Oráculo manual* («Obrar de intención; ya segunda y ya primera») y el aforismo 215 estrechamente relacionado con él («Atención al que llega de segunda intención»). Hay que sobrevivir

en la corte a través de maniobras tan activas como reactivas: «Disimula el intento, para conseguirlo, y pónese segundo para que en la ejecución sea primero» (215).

En *El Discreto* Gracián describe la interacción cortesana, manera especialmente detallada, en el capítulo octavo, el «Diálogo entre el doctor Juan Francisco Andrés y el autor» sobre *El buen entendedor*. Ya el principio de este diálogo es impresionante por su estructura doble y lacónica: «Doctor: Dicen que al buen entendedor, pocas palabras». «Autor: Yo diría que, a pocas palabras, buen entendedor». Acción y reacción forman un conjunto fuertemente unido. Gracián lo hace visible sólo por el cambio de posición de «entendedor» y «pocas palabras». La reacción es de gran importancia siempre que se prefiere el silencio al hablar. Como explica el autor en su diálogo con el doctor Juan Francisco Andrés:

Yo diría que pocas palabras buen entendedor; y no sólo a palabras, el semblante, que es la puerta del alma sobrescrito del corazón; aun le ve apuntar al mismo callar, que tal vez exprime mas para un entendido, que una prolijidad para un necio.

No solo las palabras son traidoras, la cara también es reveladora, y aun el callar indica las intenciones del que quiere cubrir algo callando. Porque no son las palabras pronunciadas las que revelan la verdad, sino las «a medio decir»:

Doctor: Las verdades que mas nos importan, vienen siempre a medio decir.

Autor: Así es, pero recíbanse del advertido a todo entender.

El descifrar de lo que se dice solo «entredientes», el descubrir, brujulear, adivinar, penetrar, observar es el tema de lo que sigue en el diálogo entre el doctor y el autor. Es la tarea del cortesano sobrevivir los peligros siempre inminentes que resultan de la competencia para obtener la gracia de los grandes y del rey mismo. Debajo la superficie engañosa, la verdad, la sustancia, el intento se dejan ver sólo con gran dificultad. Pero está aquí, le esperan al cortesano los más grandes peligros.

La búsqueda de la verdad y de la esencia es un empleo en el que rivaliza el discreto cortesano con el filósofo. El cortesano está buscando la verdad para poder sobrevivir en la lucha de todos contra todos: *homo homini lupus*. El filósofo, por otra parte, busca la verdad misma, sin intenciones secundarias. Se podría decir, a lo más, que quiere encontrarla para sobrevivir de la vida en general, de un *homo homini lupus* en un sentido muy filosófico.

En la segunda parte del capítulo octavo de *El Discreto*, los dos interlocutores también tratan un tema muy filosófico: el conocimiento de sí mismo como base del conocimiento del mundo: «El primer paso del saber, es saberse». Sin duda aquí el autor habla de la pragmática cortesana, del saber como técnica del mantenerse en la corte. Es consecuente que vuelvan los dos a discutir sobre los problemas de la interpretación del discurso cortesano. Pero, por un momento, la suposición filosófica de la ética del discreto de Gracián surge como tal.

Para entrar en contacto más directo con los fundamentos filosóficos de la existencia del discreto de Gracián, se ofrece una lectura del capítulo XIX de *El Discreto*: *Hombre juicioso y notante*. Parece ser, a primera vista, un capítulo sobre la técnica cortesana de

observar a los otros. Al menos lo hace pensar el contenido del aforismo 45 del *Oráculo manual*, con título idéntico:

Hombre juicioso y notante. Señorearse él de los objetos, no los objetos de él. Sonda luego el fondo de la mayor profundidad; sabe hacer anatomía de un caudal con perfección. En viendo un personaje, le comprende y lo censura por esencia. De raras observaciones, gran descifrador de la mas recatada interioridad. Nota acre, concibe sutil, infiere juicioso: todo lo descubre, advierte, alcanza y comprende.

De nuevo Gracián trata del análisis de las intenciones que esconde el cortesano debajo del velo de sus simulaciones y disimulaciones: «gran descifrador de la mas recatada interioridad todo lo descubre, advierte, alcanza y comprende». En el capítulo XIX de *El Discreto* topamos con las mismas palabras: «Todo lo descubre, nota, advierte, alcanza y comprende, defendiendo cada cosa por su esencia». Y, dos párrafos más en adelante: «Son grandes descifradores de intenciones y de fines, que llevan siempre consigo la juiciosa contracifra».

Pero los grandes hombres portadores de esas cualidades no son los grandes de la corte, ni los soberanos, sino dos filósofos: «Esta eminencia hizo a Tácito tan plausible en lo singular, y venerado a Séneca en lo común». No es que Tácito y Séneca no hayan estado en contacto con la corte. Tácito sobre todo, historiador y autor predilecto de Gracián, analiza las pasiones de los grandes «en lo singular»; Séneca, maestro de Nerón, ofrece los remedios para tales pasiones «en lo común». Tácito es el filósofo de la *vita activa*, Séneca el de la *vita contemplativa*, y los dos son representantes de la filosofía moral tan superior, para Gracián, a la filosofía natural.

La veneración que muestra Gracián para estos dos filósofos merece un comentario. Sin duda la descripción de las facultades analíticas al principio del capítulo XIX es de un interés ante todo cortesano. Pero excede ese campo de aplicación en dos puntos en su capacidad, ya citada, de definir «cada cosa por su esencia» y en la combinación de «juicio» y «notante» que hace posible que el varón así calificado, el «eminente crítico», como dice el tercer párrafo, «califica los objetos y gradúa los sujetos». Una vez más estamos en presencia de actitudes de carácter filosófico o, al menos, de actitudes descritas con los términos de la filosofía tomista; lo que hace «el varón juicioso y notante» podría figurar en un manual de filosofía del conocimiento:

Distingue luego entre realidades o apariencias, que la buena capacidad se ha de señorear de los objetos, no los objetos de ella, así en el conocer como en el querer. Hay zahoríes de entendimiento que miran por dentro las cosas, no paran en la superficie vulgar, no se satisfacen de la exterioridad, ni se pagan de todo aquello que reluce; sírveles su criticuez de inteligente contraste, para distinguir lo falso de lo verdadero.

Distinguir entre realidades y apariencias, entre lo falso y lo verdadero, mirando por dentro de las cosas –sólo los grandes hombres juiciosos y notantes son capaces de una tal actitud–. ¡Qué maravilla cuando *dos* de esos grandes y eminentes críticos se encuentran!

Pues qué, si reciprocamente dos juiciosos se embisten a la par, con armas iguales de aterción y de reparo, deseando cada uno dar alcance a la capacidad del otro. ¡Con qué destreza se acometen; qué precisión en los tientos, qué atención a la razón, qué examen de la palabra! Van brujuleando el ánimo, sondando los afectos, pesando la prudencia. No se satisfacen de uno ni de dos aciertos, que pudo ser ventura, ni de dos buenos dichos, que pudo ser memoria.

A diferencia del ya comentado capítulo VIII de *El Discreto*, los dos hombres juiciosos no intentan vencerse uno al otro por el medio de su inteligencia, sino «se embisten a la par», «deseando cada uno dar alcance a la capacidad del otro». La corte como campo de batalla de los cortesanos se cambia en una especie de *res publica litteraria*. Los protagonistas sólo son comprometidos por la verdad, no son individuos con intenciones particulares, sino expertos neutrales de la «anatomía del ánimo». El hombre juicioso y notante se hace científico de la vida de corte, la analiza objetivamente, es decir de una manera muy moderna. Mientras que los otros temen su juicio —«Tiembra de su crisis la más segura eminencia y depone la propia satisfacción, porque sabe el rigor de su acertado juicio»— el hombre juicioso y notante, el «descubridor del caudal» queda muy tranquilo:

Pero nótese que el censurar está muy lejos del murmurar, porque aquél dice indiferencia y éste predeterminación a la malicia. Un integérrimo censor, así como celebra lo bueno, así condena lo malo, con toda equidad de indiferencia.

Caso rarísimo: Gracián se entusiasma por un tipo de discretos que merecen la admiración y que hacen de su encuentro un momento cumbre de la humanidad:

Son éstos como oráculos juiciosos de la verdad, inapasionables jueces de los méritos, pero singulares, que no se rozan sino con otros discretos, porque la verdad no se puede fiar ni a la malicia ni a la ignorancia, aquélla por malsín y ésta por incapaz; mas cuando por suma felicidad se encuentran dos de éstos y se comunican sentimientos, crisis, discursos y noticias, señálese aquel rato con preciosa piedra y dedíquese a las Musas, a las Gracias y a Minerva.

En lo que sigue a esta exclamación Gracián vuelve al estilo y al sujeto conocidos de los espejos de príncipes: «Ni es sólo especulativa esta discreción, sino muy práctica, especialmente en los del mando, porque a la luz de ella descubren los talentos para los empleos ...». Pero el hecho queda constante: Gracián, consejero de la vida y de la táctica de corte, hace el elogio de la teoría casi pura, de la visión del mundo en el sentido de la palabra griega «theoria». La teoría no era su tema inicial, sino emana de la objetividad con la cual los hombres juiciosos y notantes juzgan. Gracián revela ser, sin saberlo, hombre de su época, el siglo de Francis Bacon y René Descartes. Bacon y Descartes, ante todos, son los filósofos de la objetividad sin condiciones, sin prejuicios ni intereses personales. Lo exige también el duque de Híjar en el penúltimo párrafo de su «Apología» del hombre juicioso y notante escrita por Gracián:

Gran felicidad es la libertad de juicio, que no la tiranizan ni la ignorancia común ni la afición especial; toda es de la verdad, aunque tal vez por seguridad y por afecto la quiere introducir al sagrado de su interior guardando su secreto para sí.

El perseguidor de la verdad guarda su secreto por cuidado, pero también porque es materia de pocos y de privilegiados. No ser vulgar hace solitario y por eso es muy útil la discreción del hombre juicioso y notante:

Demás de ser deliciosa, que realmente lo es esta gran comprensión de los objetos, y más de los sujetos, de las cosas y de las causas, de los efectos y afectos, es provechosa también. Su mayor asunto, y aun cuidado, es discernir entre discretos y necios, singulares y

vulgares para elección de íntimos; que así como la mejor treta del jugar es saberse descartarse, así la mayor regla del vivir es el saber abstraer.

Estamos en presencia de una subida al cielo de los privilegiados, de un *climax* hedonístico: delicioso –provechoso– elección de íntimos –saber abstraer–. «La mayor regla del vivir es el sabe abstraer»: con esta frase Gracián se despide, por un período, de la sociedad de su tiempo: para contemplar, junto a los pocos que le comprenden, la verdad misma. Como el duque de Híjar, su persona y su máscara, Gracián suspende por un momento el tema de la vida de corte, medita sobre los fundamentos de la sociedad, se hace filósofo: por una vez no como Tácito, su filósofo predilecto –«tan plausible en lo singular»– sino como Séneca: «en lo común».